

El manisero

La dra.Plaza había atendido durante 25 años a Robert. En este tiempo fue su médica de familia y en varias ocasiones le diagnosticó problemas de salud de los que te juegas la vida, pero de todos salió victorioso. Por ello Robert, a pesar de haber cambiado de piso y mudado de barrio, quiso seguir con "su doctora" y agradecido a la vida y a ella, le profesaba un afecto especial, casi como a una hija que no tuvo. De hecho, a parte de sus consultas médicas, le había ido desgranando poco a poco a lo largo de los años, pasajes de su vida, confesiones que jamás saldrían a la luz.

Cuando la edad fue pesando en su salud, Robert decidió deshacerse de los objetos que durante una vida se atesoran. Hombre inquieto, había escrito varios libritos autoeditados donde novelaba su ya larga existencia. Fue así como Rosa Planas quedó inmortalizada en unos de esos capítulos de su vida.

Y un día Robert se los regaló junto a varios escuetos libros de poemas que escribió sobre anhelos y decepciones en la azarosa vida que le tocó.

Fue de esta manera que Rosa supo del pasado de artista de su paciente. Supo de sus correrías por el Paralelo de Barcelona de los años 60 como componente de un conjunto musical, de sus noches de admirador de Machín, su idolatrado Machín al que iba a ver allá donde actuara. Tal era su admiración que consiguió conocerlo en persona y hacerse amigo. Colegas en las noches de las salas de baile barcelonesas, donde los boleros sonaban y hacían felices a esa generación de la posguerra.

La dra. Planas le comentó a Robert que ella recordaba haber escuchado en su casa, de niña, muchos boleros de Machín.

Y Robert emocionado le dijo que volvería la próxima semana con una sorpresa.

A la semana siguiente vio que en la agenda del día efectivamente tenía cita Robert. Lo hizo pasar y entró con una gran bolsa. Se sentó en la silla y con una sonrisa sacó unas pequeñas maracas y comenzó a cantar:

- *pintor que pintas estrellas píntame angelitos negros.*

- *que también se van al cielo, todos los negritos buenos.....*acabó la doctora.

Y le confesó que esas maracas fueron un regalo de Machín y que ahora él se las daba como recuerdo para cuando él ya no estuviera. Y sacó de la bolsa unos bongos que pasaron a completar el regalo. La doctora al principio azorada no quiso aceptar, pero Robert insistió que todo eso acabaría en Los Encantes cuando él muriera y que no estaba dispuesto a que pasara y que sus últimas voluntades era que quería que alguien que él apreciara los tuviera.

Muchas veces Rosa tuvo que presenciar lágrimas de pacientes, pero ahora era ella la que las sentía resbalar por sus mejillas.

Robert vivió varios años más después de este episodio.

Cuando ya no pudo acudir a sus citas en persona con su doctora, tuvo que hacer el cambio de médico a su zona. Día terrible para Robert pero él sabía que tenía que ser así. La dra Planas mantuvo el contacto telefónico hasta sus últimos días. Y llegado el momento el equipo de PADES que visitaba a Robert le comunicó a Rosa su partida. Quedó apenada por no haber estado presente en su marcha. Hubiera querido ponerle unos boleros que le acompañaran en su viaje.

Recordó que en casa guardaba aquellos instrumentos olvidados en una bolsa.

Pasó unos días decidiendo qué hacer con ellos. Ocupaban espacio y nadie los había tocado porque nadie en casa sabía arrancar de ellos un sonido armonioso.

Creyó que venderlos en wallapop no sería ético. Los regalos no deben venderse y menos cuando son entregados en herencia, como recuerdo.

La solución vino un verano que fue de vacaciones a Castielfabib, el pueblo de su madre, como hacía todos los años desde pequeña. Una noche en la plaza durante un concierto de la banda municipal de Ademuz, vio tocar la batería al hijo de Oriol, su amigo de la infancia y veranos en pandilla. Sí, eso era. Los donaría a la banda. Con una condición, que tocaran con ellos una pieza en honor a su paciente.

Habló con el director de la banda y le contó la historia de Robert y sus maracas. No hizo falta explicar más. El director aceptó la donación y juntos revisaron canciones de son cubano que pudieran tocar el siguiente agosto, durante la semana cultural.

Llegó el día del concierto. Allí estaban las maracas de Machín en las manos de Rosa y los bongos en las de Albert. El director explicó al público la presencia infiltrada de la doctora y a quien iba dedicada la composición. Y toda la banda acompañando empezó a tocar y cantar :

- *el manisero se va, el manisero se va....maní ...*

Y así fue como unas maracas viajaron desde Cuba hasta un pequeño pueblo de Valencia, a través de varias épocas y vidas que quedaron en el recuerdo de muchas personas a las que hicieron felices.

*Dedicado a la generación de nuestros padres que se conocieron, enamoraron, con el son cubano y boleros de Antonio Machín en especial a mi padre y a mi madre Ascensión que nos dejó hace un año arrullada por estos boleros .*

*Y dedicado a mis amigos de adolescencia que bailamos "El manisero" por todos los pueblos en fiestas de la comarca, en especial a Oriol y Dolores que lo bailaban de maravilla.*

